

Consejo es este que deberíamos dar á todos los que buscan la verdad y la salvación, pues es el único que conduce con seguridad al fin. La verdadera religión no es una filosofía. Con el estudio y los libros, se llega todo lo más á su vestíbulo, y á lo más se apodera de ella la inteligencia. Pero de ahí no se pasa. Muchos de los que se entregan á este trabajo, de tal modo se fatigan, que carecen de fuerzas para ir más allá, y, sin embargo, entonces es cuando deberían dar el paso decisivo. Lo que buscan es la vida. Por eso, como San Bernardo nos lo ha enseñado más arriba, es el camino de la santificación. Se cree mejor con el corazón que con la cabeza; pero la fe no es más que el principio. El verdadero Cristianismo consiste en la práctica, en la vida. Ahora bien, se vive con la voluntad, no con la inteligencia. Purificar el corazón, luchando contra sus pasiones; fortalecer la voluntad con la fiel cooperación al impulso que la gracia del momento aporta con ella y, ante todo, elevarse por encima de su propia miseria y de la miseria del mundo con la oración; preferir practicar lo que todavía no está claro; orar para obtener esta luz y esta fuerza de que uno tiene necesidad, antes que entregarse á especulaciones y estudios sin fin, antes que aprender siempre, sin poder llegar jamás al conocimiento de la verdad, ⁽¹⁾ he aquí lo único que conduce á la verdadera religión. ¿De qué sirven largos estudios sobre la autoridad de la Iglesia, si no pueden libertar á nadie de la preocupación infantil, de que ésta puede perfectamente oprimirle? Sométase uno á una dirección eclesiástica segura y sólida, y nos conformaremos con que se nos convenza de mentira, si no nos dice muy pronto: «Ya no creemos por tu dicho; porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.» ⁽²⁾

Lo mismo exactamente ocurre cuando uno tiene dudas sobre la importancia de las buenas obras, de la recepción de

(1) II Tim., III, 7.

(2) Joan., IV, 42.

los sacramentos, de las indulgencias, de la devoción á los santos. Un poco de experiencia personal, y muy pronto se desvanecerán todas las dudas. Fácil es hablar con personas experimentadas; y con personas que conocen la vida, muy pronto se llega al fin.

11. Resumen de los medios de salvación.—En suma, no hay más que un fin: Jesucristo. Si ayunamos, practicamos esta mortificación sólo para domar nuestras pasiones y para hacer que penetre en nosotros la pureza del Señor; si hacemos una obra de misericordia con nuestros hermanos, la hacemos para alimentar y vestir á los miembros de Cristo; nos sometemos á la autoridad de la Iglesia, porque nos hemos entregado á Cristo que enseña y reina en ella; nos acercamos al sacramento del amor para aumentar el amor que por Él sentimos y que Él ha infundido en nosotros: en todo y en todas partes, Jesucristo. Él constituye nuestro único pensamiento; sólo á Él seguimos. Sólo de Él recibimos, por Él obramos, á Él nos entregamos. Cristo es nuestra vida, nuestra muerte, nuestra ganancia, ⁽¹⁾ porque la muerte nos conduce á nuestra vida, es decir, á Él.

Pero mucho camino hay que recorrer para que se convierta en nuestra vida entera. Sólo cuando, siendo ya perfectos, gocemos de su divinidad sin ambigüedad de ninguna especie, y veamos su humanidad transfigurada, se convertirá en nuestra propiedad cierta, como vida perdurable. Pero aquí bajo no tenemos más que una vida inicial, que siempre va en aumento, una vida de la que no estamos seguros, sino á condición de servirnos de Él constantemente como médico. ⁽²⁾ Para que uno se determine á ello, debe ante todo admitir que tiene necesidad de salud. ⁽³⁾ Dios no se ha hecho médico y redentor más que para los que se sienten enfermos. ⁽⁴⁾ Para dar salud á los enfermos y vida á los muertos, Cristo se ha hecho á la vez médico y reme-

(1) Phil., I, 21.

(2) Bernard., *In vigil. Nativ. Dom.*, 6, 1.

(3) Christian. Grammatic., *In Matth.*, c. 22.

(4) Luc., V, 31.

dio. ⁽¹⁾ Y para que todos sepamos donde podemos encontrar la salud, ha fundado el Señor una gran institución en la tierra, tan grande, que todos tienen cabida en ella, y tan bien provista de médicos, que nadie puede sufrir demasiado tiempo sin socorro, si está enfermo. Á estos médicos es á quienes están confiados los medios de salvación. Grande es su número, y múltiple su organización, de conformidad con las necesidades y los peligros. ⁽²⁾ Del mismo modo, se han tenido en cuenta los caprichos y los gustos. El médico celestial sabía que con frecuencia habría que tratar á enfermos débiles y extraños, por lo que también quiso tomar precauciones con relación á éstos, á fin de que no puedan decir que carecen de auxilio.

Pero todos los medios de salvación, cualquiera que sea su nombre, han sido preparados por Él con ese precioso licor de la salvación que ha brotado de su corazón herido bajo el peso de la cruz. ⁽³⁾ Poco importa que haga dar estos remedios por tales ó cuales intermediarios, que los haga tomar en tal ó cual forma, ya como agua refrigerante, ya como bálsamo dulcificador, ora como vino generoso, ora como pan sustancial; su fuerza curativa infalible descansa en la única sangre redentora que ha escondido en cada uno de ellos. ⁽⁴⁾

El Señor de la vida no se ha sujetado á estos medios, sino que puede, cuando bien le place, acercarse al enfermo, y curarlo con una sola palabra, poder de que también hace uso de vez en cuando. Pero, por este medio extraordinario, cura como en otro tiempo en Jerusalén, es decir, sólo á tal ó cual persona de la muchedumbre, y sólo á las que pueden decir con toda verdad: «Señor no tengo hom-

(1) Innocent. III, *In psalm. pœnit.*, 4 et 6 (Migne, IV, 1074, c. 1113, b). Macar., *Homil.*, 30. Doroth., *Doctrin.*, 11. Amphiloch., *Or.*, 6. Fulgent. Rusp. *Hom.*, 65.

(2) Petr. Cellens, *De passione Domini*, s. 2.

(3) Ambros. Autbert., *In Apocal.*, l. 7 (Bibl. Lugd., XIII, 569, b). Paschas. Radbert., *In Matth.*, l. 5 (Bibl. Lugd., XIV, d. e).

(4) Thomas, 3, q. 62, a. 5 et q. 48, a. 6; q. 49, a. 1. Concil. Trid., S. 6. c. 7. Complutens, *Phys.*, d. 12, q. 2. Philipp. a S. Trinid., *Philos.*, 1, 2, q. 12 a. 1, et 2.

bre que pueda ayudarme.» ⁽¹⁾ Pretender ser salvado por esta especie de privilegio, ó contar con él por pereza y orgullo, he aquí lo que no se le ocurrirá á ninguno que tome á pechos su salvación. Nos basta con poder obtener nuestra salvación por los medios ordinarios del esfuerzo personal, por la sumisión á la institución fundada por Dios, y con el empleo de los medios regulares.

En verdad, la bondad de Dios ha tenido suficiente cuidado de nosotros. No es culpa suya, si un solo hombre no obtiene su salvación. Á nosotros, pues, nos corresponde aprovecharnos de lo que hace cierta nuestra salvación. ⁽²⁾ La medicina de la salvación está preparada; los enfermeros nos la ofrecen; pero de nada nos sirve si no la tomamos. ⁽³⁾ Así como las obras externas del hombre no tienen importancia alguna, sin justicia interna, ante Dios, ⁽⁴⁾ así también puede uno morir á la vista de la fuente que le hubiera salvado, si no descende hasta ella, ó si no se aprovecha del auxilio de los que le ofrecen sus servicios á este efecto. Ninguna salvación es posible sin medios de salvación, sin una mano caritativa experimentada, sin médico; pero tampoco es posible la salvación sin la voluntad bien determinada de recobrar la salud, y sin la cooperación personal en la medida en que sea posible. Todo depende de la conducta del enfermo, del remedio, de los enfermeros, de Aquél á quien venera el cristiano como á médico de su alma, como á su redentor, como á su salvación y su vida. Perdido estará el enfermo, si falta una sola de estas cosas; pero allí donde todas obren de concierto, quedará asegurada su salud.

12. Naamán.—La Sagrada Escritura ⁽⁵⁾ nos refiere la historia de Naamán, general del rey de Siria. El pueblo honraba á este hombre como al salvador de la patria, y lo estimaba el rey como á su más fiel servidor. Grande era su

(1) Joan., V, 7.

(2) II Petr., I, 10.

(3) Prosper. Aquitan., *Resp. 1 ad object. Vincent.*

(4) Agustín., *Enchirid.*, 19, 70; 20, 75. Lactant., 5, 20. Ebrard., *Lib. c. Waldens*, c. 16. *Winsbeke*, 22, 1 y sig.

(5) IV Reg., V, 1 y sig.

gloria, y grandes también sus riquezas y su felicidad doméstica. Pero él era sumamente desgraciado, porque la terrible lepra había envenenado su vida, arrebatándole la alegría y la esperanza. Oyó hablar un día del gran servidor de Dios en Israel, del profeta Eliseo. Una pobre joven creyente y piadosa, que servía en su casa como esclava, le devolvió, con sus exhortaciones, la esperanza. Sintió renacer su valor, y el que había desesperado de obtener por medios terrenos su curación, fué á encontrar al mensajero de Dios. Pero se dirigió á él con caballos, carros cargados de oro y una carta de su rey, en la que se intimaba al Profeta la curación del enfermo. Quería arrancar la curación y saldar su deuda con dinero, para que nadie dijese que había recibido una gracia de Dios ó de los hombres, y que quedaba obligado á la gratitud. Vemos por esto lo que es la humildad, y allí en donde la gracia queda impotente, el hombre puede sentir que su miseria confiesa su impotencia, y, á pesar de ésto, aparecer siempre lleno de orgullo é incapaz de socorro.

Sin embargo, el orgulloso general fué curado de su orgullo y de su enfermedad por la gracia divina. El servidor de Dios no se dignó honrarle con su presencia, pero le envió á decir con un mensajero: «Ve y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne quedará pura y sana.»

Imposible pintar la cólera que se apoderó de Naamán al recibir este mensaje. Profundamente ofendido, retiróse diciendo: «Esperaba que viniese en persona á visitarme, que invocase el nombre de Dios, que tocase mi lepra con su mano, y me curase. ¿Es que las aguas del Abana, del Pharphar, de los ríos de Damasco, no valen más que todas las aguas de la tierra de Israel? ¿Por qué, pues, he de lavarme en las olas del Jordán para recobrar la salud?» Entonces sus servidores entraron y le dijeron: «Padre, en verdad que si el Profeta os hubiese ordenado algo extraordinario, lo hubierais hecho. ¿Por qué, pues, no hacer, á mayor abundamiento, lo que os dice: «Lávate y serás curado?» Con estas palabras, la gracia expulsó el orgullo de su

corazón, é iluminó su inteligencia. Fué al Jordán, lavóse en él siete veces, de conformidad con la orden del hombre de Dios, y en el mismo instante su carne apareció tan bella como la de un niño; quedaba purificado y sano; había nacido á una nueva vida.

Abundaban los leprosos en los días del profeta Eliseo, pero ninguno fué curado, excepto Naamán el Sirio, ⁽¹⁾ que se humilló á las palabras del servidor de Dios. No obstante, ninguna lepra es imposible de curar, si procede uno como Naamán.

(1) Luc., IV, 27.